NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Actas del II Simposio Internacional de Lengua Española (1981). Coordinado por Manuel Alvar. Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1984, 551 págs.

El *II Simposio Internacional de Lengua Española* tuvo lugar en Las Palmas durante los últimos días del mes de octubre de 1981; contó con la presencia de prestigiosos especialistas que, al redactar las conclusiones finales, mostraban su satisfacción ante el trabajo realizado, muy útil para la evolución de los estudios filológicos sobre el complejo mundo hispánico. Hubo satisfacciones más concretas: una vez más pudo comprobarse «la trabada unidad gramatical del español en sus aspectos morfológicos y sintácticos, sin que peculiaridades como el voseo rioplatense hayan destruido tal unidad, pues está vinculado a etapas históricas del español». Se reconocía también que las diferencias fonéticas «no han roto la comprensión de los hablantes, que manifiestan, a través de su originalidad local, la propia modalidad de habla» y que «las variantes léxicas, las más fáciles de comprender y denunciar, no tienen el interés de las estrictamente gramaticales, aunque se debe mantener la situación de alerta ante el peligro de fraccionamiento».

Las *Actas* que ahora comentamos recogen 26 aportaciones de otros tantos investigadores procedentes de ambos lados del Atlántico. Dar cuenta de todas ellas es tarea bastante difícil y omitir alguna acarrearía seguramente una merma considerable para esta reseña informativa, por lo que, aunque sea con brevedad, dedicaremos unas líneas a cada una de las ponencias y comunicaciones presentadas.

Lección inaugural

La lección inaugural fue impartida por Manuel Alvar sobre el tema «La lengua como libertad» (págs. 7-31). La lengua constituye un «molde» que nos limita, pero al mismo tiempo un «cofre» donde generaciones y generaciones han guardado sus

experiencias para que nosotros podamos disponer de ellas en cualquier momento; hemos recibido una herencia colectiva, lo cual implica que la persona está inserta en una sociedad determinada y en ella, mediante un acto de selección y actualización, puede practicar unos principios de libertad: «Cada lengua está ahí, con las particularidades que la caracterizan, ni mejores ni peores, simplemente suyas e inalienables». Este instrumento sirve, cualquiera que sea su historia y cualquiera que sea su funcionamiento, para que los hablantes se entiendan con él y los escritores elaboren las obras de arte. Pretender que el talante de un hombre genial es en cada sitio distinto nos llevaría a elucubraciones difícilmente comprobables: el escritor —según observa el profesor Alvar en el ejemplo de los místicos y en Quevedo—, si es genial, «romperá los moldes y dirá lo que quiere decir en la lengua que posea. Y lo dirá según exija su tiempo y la sociedad en la que se instaura, pues, de otro modo, no podrá vivir por falta de raíces».

I. *Español general*

La sección I de las *Actas*, destinadas al español general, incluye diez intervenciones.

Emilio Alarcos Llorach («Condicionamientos gráficos en la fonética del español», páginas 35-44) parte del hecho de que no siempre la escritura es fiel reflejo notativo de la secuencia fónica, ni en sus unidades distintivas ni en sus variantes combinatorias; por ello, la imagen gráfica puede inducir al hablante a interpretaciones orales opuestas a lo verdaderamente tradicional y correcto, de forma que, a veces, se producen pronunciaciones contrarias a la norma establecida: así, el florecimiento actual de [v] en la lengua cultista y engolada, ultracorrecciones del tipo [u-nwébo] ('un huevo'), la articulación porteña de las grafías *hie-* sin el refuerzo consonántico habitual, la pronunciación velar de -n (*en-harinar*) en varias zonas hispánicas, o la reproducción enfática de la grafía *x* ante otra consonante. Advierte E. Alarcos que, con todo, en español los fenómenos comentados no tienen tanta importancia como en otros idiomas, ni la presión cultista y escrita es tan fuerte. Pero ahora existe el peligro de que las ultracorrecciones afectadas, que son harto frecuentes entre el personal de «nómina» o invitado a la radiotelevisión, se extiendan entre grandes contingentes de hablantes «amarrados arreo a la pantalla».

Gregorio Salvador titula su comunicación «La labiodental sonora en español actual» (págs. 45-54). Tras repasar teorías y datos sobre la presencia de [v] en algunas áreas de la Península, concluye que dicha articulación se produce únicamente en dos situaciones: a) cuando procede del grupo consonántico *sb*, en las zonas donde se produce aspiración; b) cuando el hablante, al mismo tiempo que pronuncia, sonrío abiertamente, hecho universal en el español, pues tal variante fonética no plantea problemas de confusión fonológica. Aparte queda otra [v] labiodental, la de los pedantes —que incluso puede darse en la realización de *b*—, atestiguada sobre todo tras nasal o pausa, quizá por la tendencia a mantener en el fonema /b/ el rasgo fricativo en los únicos casos en los que el contexto fónico condiciona la oclusión de la bilabial. Frente a investigaciones precedentes, G. Salvador afirma con rotundidad que «no hay en Granada ni en ningún otro lugar de Andalucía, que sepamos, uves habituales, espontáneas, no condicionadas. Esto conviene dejarlo ya muy claro, proclamarlo así de una vez por todas y prescindir del dato para cualquier tipo de especulación histórica o de descripción dialectal».

«El plural de las palabras terminadas en semivocal» (págs. 55-81) es la contribución presentada al *Simposio* por Fernando González Ollé. El castellano fijó desde época temprana un sistema bastante sencillo para la formación del plural; aunque se han producido variaciones posteriores, éstas afectan sólo a un número absoluto y relativamente escaso de palabras. El autor presta atención, de manera especial, a los sustantivos terminados en semivocal, los cuales manifiestan innovaciones actuales que, desde un enfoque puramente formalista, cabría contemplar como el retorno a un modelo desechado en la lengua estándar durante una larga fase histórica: hoy, en efecto, la casi totalidad de los vocablos terminados en semivocal palatal (e, independientemente, todos los terminados en semivocal velar) construye su plural mediante el formante *-s* (*sprays, jersey*). A él se acomodan, según un proceso espontáneo, los neologismos de cualquier origen, como manifiesta la práctica diaria. Sólo un conjunto muy escaso de términos, de mayor frecuencia de uso (*ay, buey, grey, ley, rey*) conserva el morfema *-es*. Según F. González Ollé, nos encontramos ante una involución morfológica que puede explicarse del modo siguiente: cuando el formante etimológico *-s* (*bueis*) estaba a punto de desaparecer en beneficio del analógico *-es* (*bueyes*), una invasión léxica de extranjerismos con tal terminación, cuya marca de plural es también *-s*, hace que desde el siglo XIX este formante, coincidente con el primitivo *-s*, se convierta en el propio de la mayoría de los sustantivos castellanos terminados en semivocal palatal.

Manuel Alvar Ezquerro («De nuevo sobre los compuestos de verbo más sustantivo», págs. 83-97) sugiere que, en dichos casos (*girasol, abrebotellas*), el tema verbal, propiamente el núcleo del compuesto, necesita revestirse de una forma (indicativo, imperativo) que cambia según las épocas (imperativo en fases más antiguas de la lengua, indicativo en tiempos más recientes) y según las exigencias del compuesto (mayor expresividad en indicativo). El sustantivo es elemento secundario, por lo que no debe extrañar que se den variantes para mencionar el mismo concepto (*saltagatos, saltamontes, saltapajas, saltaprados, saltarén, saltigallo, saltón*, 'saltamontes'). Indica, asimismo, el autor que los compuestos de verbo más sustantivo son muy numerosos, lo que puede parecer sorprendente si se tiene en cuenta que pertenecen todos a la etapa románica —comienzan a atestiguar en documentos latinos de Italia y Francia en el siglo IX—. El modelo, no obstante, debe ser indoeuropeo —según ha precisado Coseriu—, y el griego contribuyó probablemente a su nacimiento y desarrollo en las lenguas neolatinas; en otros idiomas, donde se presentan esporádicamente, es de suponer que se imitan procedimientos románicos.

José A. Martínez analiza, en «Construcciones ecuacionales: un dilema en gramática normativa» (págs. 99-112), enunciados del tipo *Por eso es por lo que dimitió, Por tus palabras fue por lo que protestó*, los cuales comportan una estructura de énfasis; predominan en el ensayo y su tono estilístico es de cierta sequedad y pesadez, rígido y contundente, nunca apasionado, ágil ni emotivo. Son construcciones tripartitas (unidad enfatizada+núcleo *ser*, léxicamente vacío, + oración de relativo, sustantivada o adverbializada), cuyo poder de aplicación y amplitud expresiva son tales que casi todos los sintagmas pueden enfatizarse mediante su ecuación categorial y funcional con un relativo (excepciones: sintagmas sin función oracional, proposiciones concesivas, adverbios como *ojalá, acaso, tal vez...*, o los negativos *no, nunca...*; tampoco los llamados atributos oracionales: «*Lógicamente, no contestó*). Añade J. A. Martínez que, salvo cuando se enfatiza la unidad en fun-

ción de sujeto y —en parte— de implemento (*Yo fui el que la ofendió*), estos enunciados constituyen una suerte de anomalía sintáctica dentro del sistema gramatical del español (*Por eso es por lo que dimitió*); ello, unido a la notable simplificación que proporciona, ha impulsado a muchos hablantes a recurrir al sustituto *Por eso es que dimitió*, denunciado ya por Bello como galicismo, aunque desde entonces hasta nuestros días no ha hecho más que crecer y generalizarse en el lenguaje coloquial.

Ramón Trujillo, en «Unidad y variedad del español» (págs. 113-130), comenta que entre España y América hay una evidente diversidad de signos léxicos, ya que, a causa de la mayor dependencia hispanoamericana de la cultura anglosajona, se han producido los consabidos efectos de la invasión neológica incontrolada, que amenaza con crear lagunas considerables en la comunicación entre pueblos de la misma lengua. Ciertamente, se procura evitar este peligro en la actualidad mediante acuerdos culturales de carácter panhispánico. Pero hay que sembrar también la alerta contra aparentes inmutabilidades léxicas, entendidas exclusivamente desde el ángulo fonológico frente a muy claras mutaciones de tipo conceptual: «Las viejas palabras del idioma se desplazan semánticamente y no, por desgracia, de una manera uniforme, como sería de desear, sino a su aire [...], sin que nadie hasta el momento se haya preocupado, no ya de su existencia, sino de su control». R. Trujillo recuerda que la unidad semántica del español reside en la firmeza del léxico «común», del que forma su malla fundamental, y que a nada conduce el temor de los extranjerismos más o menos intolerables, porque en ningún caso comprometen su unidad esencial: el léxico designativo propiamente dicho corre poco riesgo de entorpecer el sistema semántico de la lengua, pues un simple diccionario o una buena política lingüística pueden resolver el problema de una vez para siempre. Pero no ocurre lo mismo con el léxico de gran carga semántica propia, es decir, del compuesto de «valor» y «designación», ya que los desplazamientos de éste son intraducibles, y los cambios irreversibles.

Cristóbal Corrales Zumbado («Tipología de los arcaísmos léxicos», págs. 131-143) establece que el concepto de arcaísmo va ligado inevitablemente a una comparación entre normas lingüísticas, de manera que nos encontramos con la desaparición de determinadas palabras en unas y su conservación en otras, lo cual conlleva, lógicamente, que el arcaísmo léxico no es un vocablo olvidado y desconocido por todos los hablantes, sino sólo para un conjunto de ellos. El autor precisa, por otro lado, que voz anticuada es aquella cuya pérdida se cumple sin excepción en todo el ámbito del idioma, perteneciendo a otra etapa anterior de la lengua, de forma que en la actualidad no se utiliza en ningún territorio. Matiza, además, que en ocasiones se dan falsos arcaísmos, pues hay términos usados abundantemente que, por haberse olvidado en el centro peninsular —realización geográfica que, por su relevancia, queda favorecida—, reciben tal caracterización. Tras estos comentarios, Cristóbal Montes enumera distintas clasificaciones de los arcaísmos: por su presencia en zonas amplias del mundo hispánico o en los estrictos límites de un dialecto; distingue, asimismo, arcaísmos de expresión y de contenido.

Vidal Lamíquiz («Alternativas lexemáticas inauditas», págs. 145-153) observa que existen en el habla grupos funcionales o paradigmas lexemáticos en los que, a causa de una desviación, un distanciamiento o un extrañamiento, se proponen alternativas inauditas (—¿Admiten cheques-gasolina? —Sí. —¿Y besos a tornillo?, en Forges). Se trata de paradigmas jamás experimentados y, en consecuencia, ini-

cialmente imprevisibles para el oyente, de efecto original y llamativo, de resultado mucho más informativo. Son producto de una táctica lingüística que opera en la superficie textual, proporcionando una concentración expresiva y una simultánea economía lineal. Parecen muy adecuados para el humor, a causa del aparente equívoco que entrañan, y para las prisas sociohistóricas de nuestro tiempo. El fuerte condicionamiento del ambientalismo sociocultural hace que estos textos se vean generalmente condenados a una duración efímera y, quizá por esta razón, dicha técnica lingüística consta en los periódicos de modo predominante.

Julio Fernández-Sevilla centra su interés en «La creación y repetición en la lengua de *La Celestina*» (págs. 155-200). El refrán no es —y sobre todo no era a finales del siglo xv— materia exclusivamente popular: ha de definirse más bien como una acuñación lingüística de características particulares, que supone una capacidad especial en el creador, verdadero artista del idioma, ya que está demostrado que muchos de los refranes que luego se han popularizado fueron en su origen versos de poetas afamados. La colectividad es cocreadora —como sugiere F. Lázaro Carreter— en el sentido de que pone aduana al empeño de estos enunciados por penetrar en los saberes humanos, abriéndola o cerrándola según designios misteriosos: *La Celestina* suministra, en este sentido, algunos ejemplos (*Quien sola una ropa tiene presto la envegeze*). De su estudio pormenorizado de las casi 500 unidades paremiológicas que se atestiguan en la *Tragicomedia*, Julio Fernández-Sevilla concluye que la capacidad artística de Fernando de Rojas, en materia de lenguaje, queda a salvo y hasta potenciada por la libertad con que las utiliza: modifica o invierte sus elementos constituyentes, las enuncia parcialmente, las acomoda al contexto (*Bien conozco que hablas de la feria según te va en ella*), además de introducir paráfrasis y alusiones a refranes que se dan por sabidos y que exigen, al mismo tiempo, la intervención del lector para encontrar la clave. Estos procedimientos no volverán ya a repetirse en ninguna obra maestra de nuestra literatura, ni siquiera en *El Quijote*: «Ello se debe, sobre todo, a que a partir de la segunda mitad del siglo xvi, cambia la estimación valorativa de este tipo de lenguaje, que pasa a ser considerado popular o rústico, perdiendo su antiguo prestigio y, en consecuencia, la capacidad probativa y ejemplar que tuvo en la época de Rojas». Así, pues, *La Celestina* representa un hito decisivo en la transmisión del refranero, conservando, recreando y creando unidades paremiológicas. Por otro lado, estas expresiones y su empleo constituyen uno de los motivos artísticos y estructurales de la inmortal obra.

Graciela Reyes trata, en su contribución, «Sobre el lenguaje de la prensa: los mitos populares en el diario» (págs. 201-211). Afirma la autora que los textos periodísticos, aunque ofrecen habitualmente una lengua «de consumo» sin valor modélico ni estético, deben ser tenidos en cuenta desde dos puntos de vista fundamentales: de una parte, la posibilidad de documentar con bastante claridad ciertos fenómenos gramaticales y ciertas tendencias hacia nuevas formas de elocución; de otra, su innegable importancia social. Basándose en crónicas futbolísticas, logra destacar que el lenguaje de la prensa tiene el poder de normalizar lo anormal y lo ilegítimo, presentándolo como hecho cumplido, irreversible e indiscutible; ello ocurre sobre todo en ciertos géneros, como en el de la noticia deportiva o policial, consolidando así experiencias míticas de la realidad. Añade Graciela Reyes que «en ciertos pueblos que tienen vocación por las fábulas, este papel de reflejo, explotación y divulgación de mitos, desempeñado no sólo por el periódico, sino por

todos los medios de comunicación y por la publicidad, sería digno de un estudio sociohistórico que diera razón de ciertas genialidades y ciertas miserias».

II. *Español de Canarias*

La segunda parte de la publicación reseñada agrupa siete comunicaciones cuyo objetivo se centra en las hablas canarias y en sus relaciones con áreas lingüísticas peninsulares, hispanoamericanas y africanas.

Humberto López Morales describe, en su investigación, «El fenómeno de lateralización en las Antillas y en Canarias» (págs. 215-228). Tras comentar los datos aportados por diferentes trabajos, este lingüista examina las realizaciones de superficie de /-r/ en Puerto Rico (vibrante simple, fricativa, aspirada, asimilada, lateralizada, elidida). Las lateralizaciones cuentan con un altísimo porcentaje, lo cual, sin duda, es lo que más ostensiblemente distingue el dialecto de esta zona caribeña. Separa H. López Morales el proceso gradual de debilitamiento, que va desde la vibrante hasta el cero fonético, del fenómeno de la lateralización, que no puede explicarse como un simple debilitamiento. Precisa, además, que esta última articulación se ve favorecida por la posición final de palabra y por el contexto prepausal; aumenta su frecuencia en realizaciones masculinas y disminuye en el habla de las generaciones jóvenes, en el nivel sociolingüístico alto y en la población rural. En las islas Canarias también se documentan variantes lateralizadas —menos abundantes, desde luego—, sobre todo en La Gomera y, aquí, en San Sebastián. Ante tales datos, cabe pensar que esta peculiaridad fonética quizá pertenezca a la estructura misma de la lengua, y no deba ser catalogada, por lo tanto, como dialectalismo específico; acaso constituya un rasgo sólo compartido por zonas dialectales particulares. Pero únicamente aportaciones posteriores podrán despejar esta incógnita.

Tomás Buesa Oliver («Facetas expresivas en el español de Canarias», págs. 229-251) estudia la función expresiva —sea de aprecio o meliorativa, sea de ironía, aversión o peyorativa— y los recursos que han utilizado las hablas canarias para la consecución del valor afectivo. Se sirve, para ello, de los mapas del *ALEICan* correspondientes a 'cachorro', 'asno lechal', 'niño', 'muchacho', 'mozo', 'hijo menor' e 'hijo nacido tardíamente'. Anota, tras su minucioso análisis, que uno de los medios para mostrar la función expresiva o sintomática del lenguaje es el empleo de los morfemas diminutivos: *-ito*, concretamente, es el más productivo en las islas Canarias (*cachorrito*, *perrito* 'cachorro', *burrito* 'asno lechal', *muchachito* 'niño', *hombrito* 'muchacho', etc.); salvo en Tenerife, apenas tiene vitalidad *-illo*, aunque a menudo aparece lexicalizado; rara vez los hablantes sienten la conciencia minorativa de *-ete*, *-ote*, *-ón*, *-uelo*. El profesor Buesa menciona, asimismo, otros términos que no presentan morfemas diminutivos, aunque la valoración afectiva (positiva o negativa) aflora con claridad (*retoño*, *el mejor de la casa* / *rebotallo*, *renacuajo*, *recental*, *ingendro* 'hijo nacido tardíamente'). Otro dato destacable es que no se producen excesivas colisiones de significantes para un mismo concepto, porque suele estructurarse el léxico de manera que queden aseguradas las distinciones semánticas.

Antonio Lorenzo Ramos comenta, en «Observaciones sobre el uso de los pronombres en el español de Canarias» (págs. 253-264), el fenómeno del leísmo de cortesía, esbozado ya por el autor en el anterior *Simposio*: «En una situación de comunicación se emplea *le* para referirse a 'usted' y se emplea *lo* cuando el referente es tanto un nombre de persona como de cosa». Comprueba igualmente la existencia de leísmo

de persona, distinto del anterior (*Recogió al niño* → *Le recogió*), que no debía existir en el espacio canario hace unos veinte años, según Diego Catalán. Por otra parte, en torno a la reducción del paradigma pronominal señala que, si bien los pronombres *vosotros, os*, y las desinencias verbales correspondientes, han sido mayoritariamente marginados en esta área dialectal, sustituidos por *ustedes, los, las, les* (y formas verbales de 3.ª persona del plural), a las excepciones mencionadas por Diego Catalán (Valle Gran Rey, en La Gomera, y campos de La Palma), hay que añadir en la actualidad, al menos, Vallehermoso, Hermigua y San Sebastián, en la primera isla citada, región septentrional de La Palma y localidades tinerfeñas del Noroeste y del Sureste, donde se producen interferencias del tipo *contáis ustedes*. Se infiere, de ello, el influjo del castellano normativo en las formas pronominales canarias: «Atacada por propios y extraños, la norma regional, antes tan firme, se ve, cuando menos en esta parcela, seriamente amenazada. Si, hace apenas veinte años, no hacía concesiones al leísmo castellano y había desterrado por completo los pronombres *vosotros, os* [...], tal vez se produzca, antes de que pase mucho tiempo, un vuelco muy significativo en este campo».

«Algunos hechos sintácticos en andaluz y en canario» es el título del trabajo escrito por José Andrés de Molina Redondo (págs. 265-282). Resulta evidente que los estudios de sintaxis están escasamente desarrollados en las hablas dialectales, a pesar de la notable función que podrían desempeñar: se ha dicho —desde un punto de vista más bien teórico— que la sintaxis da cohesión a un grupo de códigos emparentados y que proporciona unidad, ya que no uniformidad absoluta, a las modalidades de una sola lengua. Bajo estos presupuestos, el autor examina algunos fenómenos sintácticos de Andalucía y Canarias a través de los respectivos *Atlas Lingüísticos* (pasiva e impersonal con *se*, hacer+complemento temporal, imperativo plural negativo, empleo del pretérito perfecto, perífrasis, formas del imperfecto de subjuntivo), contrastándolos con el español estándar, para establecer que investigaciones como la presentada permitirán confirmar o refutar cuestiones lingüísticas de indudable interés: 1) la sintaxis de las modalidades del español revela un fondo común muy amplio; 2) la catalogación de algunos usos como auténticamente patrimoniales o como debidos a presiones normativas; 3) la tendencia de la lengua a seleccionar, mediante eliminación, alternativas que pueden resultar superfluas; 4) la persistencia en todos los niveles de rasgos caracterizados preferentemente como cultos; 5) la vitalidad de posibilidades no recogidas o recogidas sólo como propias de ciertas zonas; 6) la existencia de divergencias notables entre las distintas modalidades de nuestra lengua en algunas realizaciones.

Antonio Llorente Maldonado de Guevara dedica su esfuerzo, en «Comentario de algunos aspectos del léxico del tomo I del *ALEICan*» (págs. 283-330) a establecer la procedencia del vocabulario canario según áreas geográficas y actividades humanas (portuguesismos, leonesismos, andalucismos, americanismos, voces autóctonas, términos marineros, palabras curiosas y de etimología incierta). El autor alude, asimismo, a otros problemas destacables del léxico canario, como la aparición de una sílaba inicial postiza *al-*, que no tiene relación con el árabe (*altabobo* 'abubilla', *alpargana* 'argaña') o la abundancia de vocablos esdrújulos, con sufijos átonos semejantes a los que R. Menéndez Pidal cree característicos de las lenguas peninsulares prelatinas (*bicácaro* 'Campanula canariensis', *cángara* 'salvado'). Destaca A. Llorente que el *ALIECan* supera numéricamente las formas léxicas proporcionadas por los hermanos Millares, J. Régulo Pérez o M. Alvar; como el elemento andaluz es, en el mismo, muy importante, un estudio comparativo con el *ALEA* podría explicarnos numerosos rasgos del español de Canarias, del español de Andalucía e incluso del español de América, además de ilustrarnos sobre el estado lingüístico

del dominio castellano peninsular a finales del siglo xv y comienzos del xvi, al ofrecer la oportunidad de descubrir fenómenos evolutivos tanto de carácter léxico como de naturaleza semántica y fonética.

Inmaculada Corrales («Algunas características léxicas del español de Canarias», páginas 331-339) informa sobre la elaboración —con el profesor Corrales— de un vocabulario canario, a partir de los materiales del *ALEICan*, de los repertorios léxicos regionales y de los datos aportados por nuevas encuestas. Los temas a los que se presta mayor atención en este trabajo, son los siguientes: 1) distribución diatópica de los términos estudiados (islas orientales: *calcadero* 'mies extendida en la era', *uñir* 'uncir'; islas occidentales: *frescal* 'hacina'; vocablos más generales: *canga* 'yugo de caballerías o camellos', *zálamo* 'bozal', *casullo* 'corzuelo', 'vaina'); 2) origen de dichas voces (coincidencia con el español de América: *enchumbar* 'empapar de agua'; con el andaluz: *greña* 'barbas del maíz'; marineros desplazados hacia acepciones comunes: *tolete* 'torpe, lerdo, tardo de entendimiento', etc.); 3) formación de palabras (*ahechadera* 'criba', *ahechadora* 'harnero', *rayadero* 'raedor'); 4) oposiciones semánticas (*cenizo* 'paja menuda del trigo' / *tamo* 'paja menuda de cebada').

Juan Régulo Pérez precisa en su «Contribución a la historia de la palabra *bamba*, afroamericanismo léxico adoptado por el canario en el siglo xvii» (págs. 341-357) que la documentación más antigua para esta forma léxica ('clase de moneda') data de 1687 y que, entonces, ya estaba ampliamente difundida. No es fácil determinar su origen, aunque el autor, tras manejar numerosos datos, deduce que debió pasar de las hablas africanas del grupo bantú a los criollos hispanoamericanos y, de éstos, al español de varios países del Nuevo Mundo (Guatemala, Honduras, Costa Rica y Venezuela, con la acepción ya mencionada); objeto y nombre llegarían a las hablas canarias ('moneda de plata de uno o dos reales, generalmente de mala calidad'), desde el último tercio del siglo xvii hasta fines del siglo xviii; por sinécdoque, se hizo equivalente de 'torcedura, pando', significado hoy caduco, aunque puede detectarse todavía entre personas de edad en ciertos medios artesanales.

III. Español de América y Filipinas

Siete son los títulos que conforman la tercera sección de las *Actas del II Simposio Internacional de Lengua Española*; en ellos se examinan aspectos relacionados con la expansión de nuestro idioma en Hispanoamérica y en el continente asiático.

Bernard Pottier («Sobre la dialectalización hispanoamericana», págs. 361-365) repasa los criterios y rasgos dialectales seleccionados para caracterizar las diferentes zonas lingüísticas del Nuevo Mundo (T. Navarro Tomás, J. M. Lope Blanch, Ch. F. Kany; D. L. Canfield, M. C. Resnick, J. P. Rona), así como las varias clasificaciones por áreas geográficas que han ido surgiendo (P. Henríquez Ureña, J. P. Rona, Ph. Cahuzac). A partir de la información que ofrecen los lingüistas enumerados, B. Pottier intenta organizar conjuntamente los elementos de análisis que aportan, teniendo en cuenta la distinción *significante* / *significado* y, además, lo que denomina «impacto semántico» del hecho considerado. Concluye que, en realidad, habría tantas áreas dialectales como combinaciones de puntos de vista. De ahí, la necesidad de situar la definición de *dialecto* entre la «imposibilidad de describir exhaustivamente el habla de una sola persona o de un solo pueblo (**idiolecto*) y «los límites borro-

«del conjunto de hispanohablantes» (* *panlecto*). Por eso, tal vez la noción de *sociolecto* sea la más aceptable en esta modulación.

La contribución de Juan M. Lope Blanch examina «La estructura del habla en cuatro ciudades de Hispanoamérica» (págs. 367-379); en ella se establecen porcentajes respecto a la realización de diversos fenómenos sintácticos en unas cuantas muestras extraídas de los materiales para el estudio de la norma culta de Caracas, Santiago de Chile, México y San Juan de Puerto Rico. A través de los datos obtenidos, al autor le parece notable resaltar «la homogeneidad fundamental que muestra el habla culta, en su estructura sintáctica íntima, básica, de cuatro ciudades tan alejadas entre sí y tan diversas como son las cuatro capitales consideradas. Son mucho más acusadas sus coincidencias estructurales que sus divergencias»; esto no se repite ciertamente en los apartados fonético y léxico. Comparando dichos resultados con los de la lengua escrita (en cinco autores mexicanos: Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Agustín Yáñez, Octavio Paz y Juan Rulfo) se observa mayor uniformidad en la estructura sintáctica de la realización culta oral que en la literaria, ya que cada escritor, como artífice de la lengua, tiene un estilo más personal e individualizado; también se revelan, naturalmente, similitudes. Frente a ambas modalidades, el habla popular manifiesta muchas más diferencias: así, los promedios de oraciones por cláusula —empleamos la misma terminología que J. M. Lope Blanch— son 3,4 (norma culta oral), 3,5 (norma literaria) y 2 (norma popular). De todo ello se sigue el interés de investigaciones encaminadas en este sentido, tratando de relacionar los datos estadísticos con distintos factores —gramaticales y culturales— que puedan determinarlos.

María Vaquero centra su trabajo en el «Léxico marinero de Puerto Rico» (páginas 381-423); para desarrollarlo se basa en un cuestionario de 83 preguntas aplicadas a 25 informantes en 12 puntos litorales de Puerto Rico. De este modo, la autora demuestra, de una parte, el polimorfismo léxico existente en la isla, verdaderamente abrumador en algunos casos (reúne, en total, 301 unidades relativas al mencionado campo conceptual); de otra, la clara oposición entre las costas noroccidentales y las surorientales (*brisa de tierra* / *terral* 'brisa de tierra', *yola* / *plana* ~ *planúa* 'embarcación sin quilla', *chumacera* / *toletera* 'pieza de madera que se pone sobre el borde de la embarcación de remo', *sacho* / *garapín* 'ancla de fabricación local o doméstica'). Los materiales inventariados permiten, asimismo, estructurar campos léxicos y, puesto que se han tenido en cuenta para la elaboración del cuestionario los mapas del *ALEICan*, atestiguar concomitancias entre ambos enclaves isleños (*rebozo* 'marejada', *maruyo* 'ola', *tarraya* 'esparavel', etc.). María Vaquero atiende igualmente a problemas de filiación lingüística; no olvida en su exposición aspectos como el de la derivación o el de las adaptaciones locales de los términos procedentes del fondo patrimonial.

Nélida Esther Donni de Mirande («La variedad del español en la Argentina», páginas 425-457), tras analizar una serie de rasgos fonéticos y morfosintácticos, propone una primera partición del territorio argentino en habla de las regiones litorales (provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Sudeste de Córdoba, La Pampa y las patagónicas) y habla de la zona continental (Centro y Noroeste); aparte de las naturales variantes sociolingüísticas, podrían considerarse otras subdivisiones en cada una de las áreas señaladas. Los fenómenos descritos (articulación de /l/, /s/, /r̄/ y algunos grupos consonánticos; voseo, formas verbales personales —de voseo— y no personales), no destruyen la unidad idiomática del país,

ya que, a través de la inestabilidad de ciertos sistemas y de los procesos de cambio, se vislumbra «el establecimiento de nuevas normas parciales que se insertan en las regularidades y contradicciones de estructuras heredadas y comunes a gran parte del mundo hispánico, en su invariación y su variación, en otras palabras, en la unidad y variedad de los modos de hablar geográficamente diferenciados del español, en cada uno de los cuales se descubre la sutil trama de relaciones sociolingüística, estilística y diacrónicamente significativas».

Alicia Malanca de Rodríguez Rojas parte en su contribución de una pregunta («¿Unidad o diferenciación del español? Problema visto desde Córdoba, centro continental de la Argentina», págs. 459-481) que procura resolver contemplando los hechos lingüísticos no desde la zona litoral, como habitualmente se ha hecho —específicamente Buenos Aires—, sino desde Córdoba, en el interior, importante foco cultural en pasadas centurias y en tiempos más recientes: aquí afloran preocupaciones lingüísticas de notable interés, como las que nos han transmitido varios documentos hasta ahora inéditos, entre los que cabe citar *Reflexiones sobre tu Academia* (1800), en el que se asume ante la lengua una actitud eminentemente normativa, o el *Discurso oratorio sobre la Gramática* (1805), donde se registra uno de los primeros testimonios cronológicos de la designación *nacional* (*Gramática nacional*) para suplir la de castellano o español. En la época de la independencia —desplazada ya la capital política y económica a Buenos Aires— en Córdoba se publican tratados gramaticales, de retórica, de ortografía y de literatura. Su actividad filológica no cesa y, más tarde, se incorporan a esta tradición importantes estudiosos, entre los cuales hay que mencionar a Leopoldo Lugones y Arturo Capdevila que, si bien actúan desde Buenos Aires, lo hacen con el alma de su Córdoba natal. A través de estos datos, la autora intenta poner de manifiesto que, en un país tan complejo como la Argentina, resulta bastante limitado generalizar a partir de una región, generalmente la que destaca por estar ubicada en ella la capital de la nación.

Hernán Urrutia Cárdenas, en «El español de Chile: procedimientos lexicogénicos y sintácticos en un corpus de titulares periodísticos» (págs. 483-504) resalta, dentro de la creación léxica, los sufijos *-ado ~ -ada ~ -ido ~ -ida* (*intervenida*), *-ión ~ -ción ~ -sión* (*acomodación*), *-ar ~ -er ~ -ir* (infinitivos verbales), *-al ~ -ial ~ -ual, -or ~ -dor ~ -tor ~ -sor, -ista, -ante ~ -ente ~ -iente, -ero ~ -era* (*polítiquero*), *-oso ~ -osa, -mento ~ -miento*, los cuales constituyen el 85 por 100 de las formas sufijadas. Se registran, asimismo, palabras prefijadas, en las que adquieren especial relieve los valores nocionales de intensificación y gradación (*re-, des-, in-*). El corpus muestra igualmente, en el 10 % de los titulares, sintemas que, según su grado de integración, podrían clasificarse en compuestos y complejos (*mano dura, paro de octubre*, etc.); por su abundante empleo, en algunas ocasiones terminan convertidos en lexías simples (*loco con mayonesa* → *mayoneso* 'político ultra'). H. Urrutia se refiere también a ciertos recursos sintácticos, como el de la utilización de secuencias de lexías textuales en juegos de palabras (*Pobrecitos los ricos: tendrán que pagar el reajuste*). En todo ello se da una coincidencia funcional con la norma general hispánica, aunque no exista una simetría total entre la frecuencia de uso y la de los diccionarios. Algunas composiciones y procedimientos metafóricos y metonímicos aportan las mayores diferencias y, consecuentemente, implican la introducción en el léxico estándar de tendencias de origen popular o culto informal que, en el material estudiado, están al servicio de la apelación y

el énfasis. Lo mismo ocurre en el nivel sintáctico, aunque con peculiaridades que se explican por los condicionamientos del mensaje.

Antonio Quilis («Datos para la historia de la lengua española en Filipinas», páginas 505-521) recoge información de indudable importancia sobre la implantación de nuestra lengua en el continente asiático. Se fija, sobre todo, en la atomización dialectal que debía existir en dichas islas a la llegada de los españoles (en 1967 se habían aislado, siguiendo un proyecto inconcluso todavía, más de 300 dialectos ordenados provisionalmente en 70 grupos lingüísticos diferentes); ante tal fragmentación los misioneros, procedentes en muchos casos de Hispanoamérica, aplican el método allí desarrollado, dedicándose a aprender las lenguas indígenas. Por esta razón, en el siglo XIX, se acusará a los religiosos de no haber querido enseñar español a las poblaciones aborígenes en provecho propio, aunque, en realidad, las causas más inmediatas de la escasa hispanización de las Filipinas han de buscarse en otros factores: mestizaje casi inexistente, menor afluencia de españoles que a los territorios del Nuevo Mundo, lejanía geográfica y pocos recursos económicos en la etapa colonial. Es verdad que en tiempos más recientes las comunicaciones se han hecho más fáciles a través del canal de Suez y la emigración española, a causa de una naciente prosperidad, más intensa. Pero ya es demasiado tarde y, en 1898, la pérdida de la soberanía corta brutalmente la reiniciada hispanización, por lo que no debe extrañar la languidez con que se ha mantenido desde entonces —casi milagrosamente— nuestra lengua en Filipinas.

Lección de clausura

Fernando Lázaro Carreter clausuró este *II Simposio* con el tema «Consideraciones sobre la historia de la lengua literaria» (págs. 525-541). A la Filología hispánica le aguarda la ingente tarea de describir la naturaleza, la función y la evolución de nuestro idioma artístico, el cohesor más firme y, por tanto, la garantía más sólida, de la unidad futura de la lengua. Lo que llamamos lengua literaria se presenta, en un primer cifrado, como un cúmulo de tolerancias y de proscriciones no coincidentes con las del estándar, a las que se acoge, bajo su personal responsabilidad, el escritor; en un segundo cifrado, depende de numerosas variables, unas estrictamente literarias (la estética en que se sitúa el autor), otras de inducción social (la recepción que el artista desea para su obra). La finalidad de una poética diacrónica ha de ser todo aquello que, manifestándose lingüísticamente, contribuye a la organización artística de los textos, obedeciendo a la intención de los autores. Este objetivo, aunque choca con una poderosa corriente hermenéutica actual, que niega la posibilidad de acceder a los propósitos del artista, puede ser salvado por el hecho de que la literatura reúne las propiedades de permanencia y variación, lo cual la hace historiable. Y lo que permanece es la decisión de los escritores de reiterar los procedimientos recibidos o de romper con ellos. El autor alude a la confusión que se observa a menudo entre los estudiosos de la diacronía lingüística, los cuales, forzados por la carencia de información, se ocupan muchas veces de las variedades escritas, entrando así de lleno en el lenguaje artístico; por ello, advierte de la conveniencia de explicar siempre en qué función lingüística se sitúa la investigación para, en consecuencia, no salirse de ella ni introducir datos de otras funciones, caracterizando las unas por las otras y mezclándolas.

Tras este breve repaso de las comunicaciones presentadas, no es preciso insistir en el interés de sus contenidos, ni tampoco en la calidad científica de sus autores.

Sí parece adecuado resaltar que el *Simposio Internacional de Lengua Española*, que ya ha conocido tres ediciones (Las Palmas, 1978, 1981, 1984), constituye hoy una de las manifestaciones más importantes de la Filología hispánica.

JOSÉ M.º ENGUITA UTRILLA
Universidad de Zaragoza

Libros españoles de viajes medievales (Selección), Madrid, Taurus, 1986, 256 págs., Colección «Temas de España», núm. 167. Estudio preliminar, edición y notas de Joaquín Rubio Tovar.

Este libro es una breve introducción para un conocimiento general sobre los «libros de viajes» escritos en el Medievo en España o en relación directa con ella; contiene un estudio informativo sobre el asunto (págs. 1-111) y una antología de textos (págs. 113-220), con un glosario, notas y cronología de sucesos paralelos (páginas 221-251), como es norma de la Colección.

El estudio preliminar de J. Rubio es una información sobre los libros de viajes en la Edad Media española. Desde la caída del Imperio romano hasta el descubrimiento de América, corre un largo período en el que los viajes verifican una determinada función en el conjunto cultural de la época en Europa. Deshecha la organización política de los romanos, estos viajes adoptan nuevos sentidos: la peregrinación hacia los lugares en que se concentra un foco de religiosidad (Roma-Santiago-Jerusalén) es el más propio del pueblo cristiano en sus diferentes comunidades políticas. Siguen otras dos clases de viajes: los religiosos, destinados a extender la nueva fe de Cristo por los países que aún no la conocen, y los mercantiles, de orden civil, que, como telaraña eficiente, se extienden por muchos lugares con ocasión de las ferias locales y generales, y de la red de las rutas del comercio terrestre y marítimo. Desde cualquier lugar de Europa, el viajero —sea hombre de armas o civil, de religión o de comercio— puede recorrer los caminos de los reinos cristianos, y los más audaces extienden su radio de acción hacia las otras dos *partidas conocidas*, Asia y África. A esto se añaden los otros dos incentivos de la acción que también requiere el viaje: la guerra y la aventura, colectiva o personal, tantas veces mezcladas. Sobre este cuadro general el viaje resulta un imperativo que obliga, cualquiera que sea la ocasión que lo motive: viaje a la aldea próxima o viaje al Oriente lejano. Esto supone una realidad vivida por las gentes y, a veces contada a los demás cuando hay ocasión, y, muy pocas veces, escrita con algún fin (y ese es el objeto de estos relatos). En este punto interviene la literatura, pues en tal caso (como en todos los demás) se constituye una Poética adecuada al contenido de la comunicación pretendida.

Basándose en esta experiencia colectiva, se escriben en esos pocos casos los libros que de una manera u otra importa considerar en relación con esta actividad viajera o que se pretende que sea así. Estos libros poseen hoy un doble valor, de grado diferente según los casos: uno es de orden informativo, aprovechable en los estudios históricos por cuanto conservan noticias y datos de gran interés por proceder de una experiencia, y el otro es de orden literario, pues constituyen un pe-

cular género de escritura que hay que situar debidamente y describir al lado de los otros, más comunes y generales.

Ocurre, sin embargo, que los factores que se reúnen en la redacción de cada uno de estos libros son diversos, y de ahí la dificultad de su agrupación. En este caso, el autor de la antología se atuvo a la clasificación de J. Richard (1981): guías de peregrinos primero descriptivas y luego cada vez más personales por cuanto el viajero cuenta también lo que le ha ocurrido; libros que narran las aventuras de los Cruzados y los de otros viajeros que son, al mismo tiempo, conquistadores (así en el caso del descubrimiento y conquista de las Islas Canarias); libros de misioneros y de embajadores; guías de mercaderes; biografías en las que el individuo cuya vida se cuenta es ocasionalmente un viajero; y finalmente libros en los que se aprovechan las noticias de otros, procedentes de fuentes diversas, ciertas, verosímiles o ficticias, con las que se componen narraciones en la forma de un viaje.

J. Rubio establece un planteamiento general del asunto; destaca la participación de la tradición libresca en cuanto que los libros de la ciencia de la naturaleza pueden acercarse al propósito de los libros de viajes en un doble sentido: aportando datos que los viajeros pueden intentar confirmar y recogiendo noticias que los narradores incorporan a sus libros. Y lo mismo ocurre con la cartografía, aprovechada en numerosas ocasiones.

Después de esta exposición teórica, de orden general, el prologuista se ocupa de los libros estrictamente españoles que entran en el propósito delineado. El esquema clasificatorio antes citado, propio de la extensión de Europa, se aplica a España, y entonces hay que contar con la aportación de musulmanes y de judíos que, de un modo u otro, se relacionan con nuestro país. Así resulta que, en primer lugar, aparece Santiago como el objeto final de los peregrinos europeos a Compostela. El *Liber Sancti Jacobi* (siglo XII) inicia la serie, seguido de la *Fazienda de Ultramar* (versión castellana del primer tercio del siglo XIII) en relación con los viajes a Tierra Santa, el otro objetivo de la Cristiandad. Sigue el *Libro de los viajes*, de Benjamín de Tudela (siglo XII), referente a los realizados por este autor a las comunidades judías. Por la parte árabe recoge la mención del *Libro de viajes*, de Abū-Ḥamid (siglo XII). El *Libro de las maravillas*, de Marco Polo (original de fines del siglo XIII), se traduce al aragonés por iniciativa de Fernández de Heredia (entre 1377 y 1396) y también al catalán. De esta misma corriente europea es el *Libro de las maravillas del mundo*, narración de viajes ficticios atribuida a Juan de Mandeville (escrito en el siglo XIV), con versión aragonesa de fines del mismo siglo y otra castellana, posterior.

La parte estrictamente española comienza con el *Libro del conocimiento de todos los reinos e tierras e señorios...* (hacia 1350), escrito por un franciscano que cuenta un viaje ficticio realizado por un itinerario caprichoso sobre una información libresca. Sigue luego el mejor de los libros de viajes de esta época, la *Embajada a Tamorlán*, que narra una de las embajadas de Enrique III a Tamorlán (1403-1406), desde Alcalá de Henares a Samarcanda y regreso; es una relación que se fundamenta en un itinerario establecido sobre la experiencia del recorrido de los embajadores, notable por su veracidad geográfica, histórica y documental. Sigue luego otra relación titulada *Andanças e viajes* realizados, efectivamente, por el andaluz Pero Tafur entre 1436 y 1439 a Venecia, Oriente cercano, centro y sur de Europa, y vuelta a España por el Mediterráneo. Otro libro escogido es una crónica

biográfica del siglo xv, el *Victorial* o crónica del conde de Buena don Pero Niño, noble señor que tuvo ocasión de viajar por Francia e Inglaterra entre 1403 y 1410. Termina la antología con el *Libro del Infante don Pedro de Portugal* (1392-1449), un gran viajero; la opinión de H. L. Sharrer es que el libro se compuso entre 1471 y 1476.

Este es el conjunto del material literario al que se refiere el prologuista y del que toma los textos de la antología; prácticamente son las obras fundamentales del género. La edición de los textos se uniformiza en la parte castellana y aragonesa valiéndose de un criterio gráfico que quiere salvar los rasgos básicos de la fonología del sistema de la lengua medieval. Los textos que en el libro de origen están en latín, árabe o hebreo se recogen en versiones de buena calidad.

La obra cumple, en conjunto, el cometido que se propone; pudiera haberse extendido por la parte catalana en cuanto a Crónicas de Grecia y otras, y también por la parte de relatos viajeros contenidos en Crónicas históricas y libros poéticos. El criterio del antólogo ha sido restrictivo y se ha atendido a lo que estableció en la posible Poética de los libros de viaje. El género obedece a unas coordenadas europeas en las que los reinos españoles se inscriben. Existe una tradición antigua, una condición religiosa común y unas causas más o menos generales, resultado del acontecer histórico. Entre éstas J. Rubio destaca con razón la importancia de los imperios mongoles tuvieron en relación con el afán viajero medieval; rompieron los moldes geográficos e históricos heredados de la Antigüedad y establecieron unas nuevas condiciones en las relaciones entre los pueblos. Frente a la «quietud» de la China y de la India, el conglomerado de los pueblos mongoles se caracterizó por su movilidad, en el curso de la cual alcanzaron las fronteras europeas, y removió las condiciones de los viajes emprendidos hacia las partes orientales. Esto representó una novedad y repercutió en la escritura de los libros de viajes. Los viajeros de las épocas siguientes, después de estos hechos, quisieron contar sus experiencias (itinerarios, descripciones de lugares, costumbres, etc.) con un criterio cada vez más atendido a la realidad de los países que visitaban. Sin embargo, también se valían de las noticias, a veces fantásticas, que recibían de los nativos de las partes visitadas y no prescindían del todo de los antecedentes libresco reunidos en la herencia cultural. En tales condiciones, cuando los viajeros escriben un relato, no siempre pueden distinguir entre lo que consideramos ficción (bien proceda de una interpretación de la realidad o de fantasías representativas) y lo que sea la realidad estricta y objetiva, siempre sujeta a la interpretación del visitante. Cuando el viajero cuenta sus experiencias, todo se mezcla. Por un lado, está el espíritu de la *mirabilia* (lo que asombra por su novedad, la *maravilla* con palabra que sirve para titular los libros), y por otro, el que lo que se cuenta sea lo habitual en otras partes del mundo. De esta conjunción el viajero destaca lo uno y lo otro en diferente gradación según sea el propósito que lo guíe cuando escribe el relato. Así ocurre que para el religioso lo que pretende es extender la fe cristiana entre gentes ajenas a la misma; el comerciante y el embajador político, por su parte, reconocen los poderes de los gobiernos extraños y con ellos la realidad de otras culturas. Embajadores y comerciantes —gente civil— pretenden el concierto, la posible coexistencia en la que sea posible la negociación mercantil o política. Todo esto hay que situarlo en un contexto político cada vez más conmovido por las guerras, sobre todo las ocasionadas por los desplazamientos de los pueblos ocurridos en esta época. En el caso de cada viajero, estas corrientes se entrecruzan, y

cada vez es más difícil el predominio de una sola. De ahí la riqueza de concepciones y noticias que se desprende del libro de J. Rubio, y las sugerencias que aporta desde todos los campos, el histórico, el literario y el documental. Y esto lo hace en los dos sentidos: como un estado de las noticias en la época misma (fuentes antiguas, religiosas, folklóricas, etc.) y como un esfuerzo del espíritu colectivo de Europa por conocer los límites de una humanidad constituida por el conjunto de los hombres, guiado por una conciencia que reúne al mismo tiempo la tradición y la modernidad. Los libros de viajes medievales estudiados en esta obra representan una noticia de nuevos espacios que así se proyectan hacia el futuro temporal de los lectores que los leen con un sentido activo. Y esta es una de las raíces de la Edad Moderna.

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA

Universidad Complutense de Madrid

Obra Completa de Don Juan de Arguijo (1567-1622). Introducción, edición y notas de Stanko B. Vranich, Valencia-Chapel Hill, Albatros Ediciones Hispanófila, 1985, 526 págs. (Artes Gráficas Soler, S. A.).

El profesor Vranich tiene una larga y fecunda dedicación al sonetista sevillano del Siglo de Oro, don Juan de Arguijo («del sacro Apolo y de las Musas hijo», como le llamó Lope de Vega en su encomiástico *Laurel de Apolo*).

Una cuidada edición de la *Obra poética* de Arguijo, precedida de una excelente «introducción biográfica y crítica» y escoltada por copiosas y acertadas notas, del mismo Vranich, apareció en la prestigiosa Colección «Castalia», núm. 40 (Madrid, 1972). Muy jugosos son también los *Ensayos sevillanos del Siglo de Oro* (Valencia-Chapel Hill, Albatros Hispanófila, 1981), de título un tanto ambiguo, aunque de precioso contenido, pues entre ellos recoge Vranich, además de interesantes trabajos en torno a los sonetos sevillanos de Cervantes o a la creación poética de Fernando de Herrera, otra de sus investigaciones en torno a «Un discípulo aventajado de la Escuela Sevillana: Don Juan de Arguijo». En fin, su tesis doctoral, defendida ante la Universidad de Berkeley en California (1965) fue la biografía documentada del poeta sevillano, envuelta en brumas hasta entonces.

Ahora nos ofrece una generosa aportación al conocimiento de la *opera omnia* de don Juan de Arguijo; se le une la nueva y depurada «introducción biográfica» del poeta sevillano y un aparato crítico, que se puede considerar exhaustivo hasta la fecha, para documentar e ilustrar cada uno de sus poemas, pulcramente presentados en la versión que podemos calificar como definitiva, a la vista de los manuscritos y de las clásicas correcciones del Maestro Medina.

El resto del *corpus* literario de Arguijo lo integran: una obrita de circunstancias en prosa, *Relación de la fiesta de la Inmaculada Concepción* (celebrada en la plaza de San Francisco de Sevilla el 19 de diciembre de 1617); las dos únicas cartas que se conservan de lo que debió ser abundante y celebrado epistolario de don Juan (la primera, muy breve y literaria, dirigida al poeta sevillano don Diego Félix Quijada y Riquelme, en benévola aprobación de sus ochenta sonetos; la segunda, algo más extensa, de carácter íntimo y personal, al P. Diego Meléndez, residente en Granada,

y con fecha de Sevilla, 30 de agosto de 1616); por último, el tercer acto de la *Tragedia de San Hermenegildo*, considerada como anónima y escrita por encargo de la Compañía de Jesús en 1590; fue escrita por un grupo de maestros del Colegio y un antiguo discípulo, don Juan de Arguijo, a quien se encomendó el citado acto tercero. Dado el carácter bilingüe del teatro escolar de los jesuitas, aparecen en latín los versos 1-91 del repetido acto y en castellano el resto, del 92 al 1733 (aunque con varios intercalados en la lengua clásica: vv. 1169-70, 1181-90, 1226-38, 1255-68, 1378-84, 1394-1410, 1439-43 y 1463-1474).

La última sección de las obras presentadas es la que corresponde a los *Cuentos muy mal escritos que notó don Juan de Arguijo*, recogiendo los chistes y graciosas anécdotas o invenciones vertidas en la tertulia o academia sevillana a la que concurría. Vranich incluye en su edición 107 de la serie de *Cuentos*, precisamente los distinguidos por el poeta como recogidos por él: «No hay misterio, o por lo menos no debe haberlo, en cuanto al papel de Arguijo en la colección que lleva su nombre: no los escribió en el sentido de crearlos, sino que los anotó, es decir, los apuntó a medida que los oía contar en las tertulias; y según una indicación clarísima en el mismo manuscrito, sabemos exactamente hasta qué punto es debida a él esta labor, pues en el folio 23r hay una nota marginal que dice: 'hasta aquí llegan los cuentos que notó don Juan de Arguijo'».

Bien entendido que se les adiciona a estas *Obras Completas* «no por pertenecer a la creación literaria de don Juan, sino por formar parte de su mundo: el epílogo risueño a la penosa secuencia de las poesías de su última época, morbosa y acomplejada».

Para el texto de estos cuentos, Vranich ha tenido en cuenta, no solamente el manuscrito de la Biblioteca Nacional (signatura 19380), sino los publicados por Paz y Meliá, Barriobero y Herrán, Benítez Claros y Chenot-Chevalier. El texto más completo es el último de los enumerados: *Cuentos recogidos por Juan de Arguijo y otros*, edición, introducción y notas de Beatriz Chenot y Maxime Chevalier (Sevilla, Diputación Provincial, 1979); presenta 691 cuentos en total, pero Vranich nos advierte que aunque «tiene la ventaja de ser el más completo» aparece «algo descuidado en la lectura del manuscrito».

Por supuesto, lo más importante en la producción literaria de Arguijo es su obra poética, en la que predominan los sonetos de tema mitológico o sobre la historia de Roma, a los que se aplicó diestramente como orfebre escrupuloso. Tal fue su fama de sonetista que se le han venido atribuyendo algunos sonetos que no escribió. Son «falsas atribuciones», como detalla Vranich: así, el que comienza «Ardí, Fernando, en fuego claro y lento», que pertenece al acervo de Fernando de Herrera; «Ay de mí, siempre vana fantasía», que es de Francisco de Medrano, según Dámaso Alonso; o el de «Rompe verde prisión con fuerza hermosa», que es de Fray Hortensio Félix Paravicino y Arteaga...

Puesto que en la presente edición del profesor Vranich, cada uno de los poemas de Arguijo (hasta un total de 78) va acompañado de una «corta presentación», más bien un sazonado estudio, además de las notas y comentarios adecuados (de erudición histórica, lingüísticos y estilísticos), parecería «redundante un dilatado estudio crítico» de carácter general. Pero aquí pudiera ocurrir lo del viejo aserto de que los árboles no dejan ver el bosque; es decir, que la estimación pormenorizada de cada poema no permitiría apreciar en conjunto el valor estético de la creación de Arguijo. Por eso, el profesor Vranich se esfuerza en cumplir esa mi-

sión en una previa «advertencia crítica», no muy demorada, aunque ciertamente inexcusable (págs. 29-40).

Don Juan de Arguijo quizá no sea un poeta nato, sino que *se hace* en un medio bien propicio. Acepta la «herencia poética que Sevilla le lega igual que su herencia paterna, y ambas se le van de entre las manos esfumándose en muy corto tiempo».

Su poesía fue dirigida y orientada no sólo desde el punto de vista estético sino en cuanto a las fuentes y modelos. Ya que Herrera, mentor de los poetas sevillanos, se declaró antipetrarquista, «a las fuentes clásicas latinas y a veces a la poesía renacentista irá Arguijo a inspirarse».

El elogio del soneto por Herrera y la determinación de sus requisitos primordiales, guiarán la vena poética de nuestro don Juan. Es de notar, asimismo, «la estrecha relación» que se dio, en el nivel personal, «entre los jesuitas, los maestros de la Escuela Sevillana y los familiares del Santo Oficio».

Es la poesía de Arguijo trabajadamente culta, lejos de la espontaneidad de la poesía *vulgar* o popular; de gran elaboración artística, al servicio de un tema grave, clásico o arqueológico, recreado con nuevo enfoque. Se trataba de una *imitatio*, aunque sin llegar a la copia o al *hurto*. «Contenido ardor y sobria elegancia» encuentra el exigente poeta Luis Cernuda en Arguijo, Rioja y Medrano, junto a otros poetas sevillanos de la época, con excepción del «necio (!) Baltasar del Alcázar».

Las notas de Vranich insisten en la pureza, adorno y musicalidad del estilo de Arguijo, «pero hay que recordar a la vez que Gracián admiraba al poeta sevillano por atender 'más a la profundidad y gravedad del concepto que a la verbosa altanería', por ser 'siempre moral y sentencioso' al igual que 'profundo y significativo'. Los extraordinarios conocimientos musicales de Arguijo han influido en la técnica de sus versos. Se advierte en ellos «una extraordinaria sensibilidad rítmica» y un «dominio de los recursos fonológicos de las palabras», en lo cual «se impone a sus maestros» y «quizá solamente Góngora le sobrepasó en el Siglo de Oro».

En los sonetos de Arguijo no hay anomalías rítmicas sin propósito estético. «Así, cuando se enumeran las ninfas y los dioses que acuden a oír el canto de Arión (Soneto XXXIX), se halla entre las divinidades alguien que no se esperaba: «grande Neptuno; y tú *Glauco* saliste». El conflicto entre la 6.ª y 7.ª (sílabas) lleva una tonalidad especial, la de la sorpresa, pues este dios, ocupadísimo visitando todos los puertos, se supone que no tendría tiempo para tales diversiones».

También se encarece la singular eficacia del encabalgamiento en los versos de Arguijo. «Buen ejemplo del encabalgamiento abrupto es el del verso 10 al 11 del soneto *A Horacio romano* (III):

Cuando al Tibre el varón se precipita
armado...»

Como ejemplo del encabalgamiento suave, se indica el que describe la carrera de Apolo persiguiendo a Dafne (Soneto XXV):

Con presto curso y con veloz denuedo
sigue Apolo la hija de Peneo.

Junto a todos estos primores, se apuntan no obstante, dos deficiencias: el *vocabulario limitado* de Arguijo por obedecer las estrictas normas de una escuela que le exigía suprimir todo un léxico popular, rico en matices, del que tanto se aprovecharon Góngora y Quevedo; y, en consecuencia inevitable, la *pobreza de su rima*. «En varias ocasiones rima las mismas palabras, aunque pertenecientes a distintas partes de la oración: *muda* (verbo) con *muda* (adjetivo) en el soneto *A Cicerón degollado*; *muestra* (verbo) con *muestra* (nombre) en dos versos contiguos, en la *Canción a San Jacinto*. En varios otros casos rima hasta tres palabras del mismo lexema: «pone, opone, dispone» en el soneto *A Eumelo*, lo cual con un poco de atención pudo haberse evitado. Aquí Arguijo no está a la altura de su técnica, pero más que suyo, parece un defecto de Escuela; los maestros no se lo censuraron».

No podemos por menos de aprobar las conclusiones del profesor Vranich en su concienzudo estudio: «No es Arguijo una figura cimera de la poesía española: tanto él como sus maestros son hombres con quienes la viril lengua castellana pasó por una crucial fase de refinamiento y realización de sus posibilidades internas, en la cual nuestro poeta ocupa un digno puesto».

«Fue discípulo aventajado de la Escuela sevillana, que moldeó su dócil alma, pulió sus versos y le dio un sitio en la historia de la literatura español, en la cual entró *igual que Bécquer* (?), a pesar de lo exiguo de su obra. Los agradecidos antologistas siempre le han favorecido y no solamente porque sus poesías ya en el proceso de creación eran cretomáticamente selectas, sino más aún, porque sus versos, construidos con escrupuloso cuidado, están henchidos de secretos que, hasta cuando flaquea su poesía, mantienen la misma dignidad que él, como hombre, aun en la ruina supo sostener.»

La bibliografía final (págs. 499-509) está muy ajustada al campo literario acotado en esta edición ejemplar.

Creemos de justicia señalar este volumen como de consulta indispensable para comprender una figura de la Edad de Oro, no poco descuidada por la investigación contemporánea, no obstante el gran aprecio de que gozó en su tiempo.

ALBERTO SÁNCHEZ

El teatro menor en España a partir del siglo XVI. Actas del Coloquio celebrado en Madrid del 20 al 22 de mayo de 1982, organizado por los equipos de investigación sobre teatro español del Instituto Miguel de Cervantes del C. S. I. C. y del G. E. S. T. E. (Groupe d'Études sur le théâtre espagnol) de la Universidad de Toulouse. Director: Luciano García Lorenzo. Editadas por el C. S. I. C., Anejos de la revista *Segismundo*, 5, 1983, 350 págs.

Bajo título tan ambicioso como sugerente, este volumen compilador viene en primer lugar a subsanar meritoriamente esa escasez de estudios sobre teatro menor español que aqueja a la investigación literaria nacional, y que, en consecuencia, reviste de originalidad a la mayor parte de las aportaciones que a tal fin se presentan.

Dentro de la gran extensión temporal que abarcan estos diecisiete trabajos (cubriendo referencias a los llamados «géneros menores» desde la formación del

entremés hasta la decadencia del «género chico» o el comentario a piezas breves de algún autor contemporáneo) es posible, sin embargo, advertir una cierta unidad de tratamientos que permite hablar de un orden de métodos y propósitos junto con la variedad de sus objetos de estudio, como primer acicate importante de este volumen. Conforme a la agrupación que cabría hacer de las materias tratadas, predominan aquellos artículos que intentan caracterizar un subgénero en relación al momento histórico en el que adquirió su mayor auge, así como al público que fomentó tal vigencia. Consecuentemente, se impone en ellos una perspectiva de sociología teatral de óptimos resultados cuando se trata de un fenómeno de tan estrecha vinculación con el receptor y su circunstancia.

Buen ejemplo de esta línea crítica es el estudio de Jean Sentaurens sobre los «Bailes y entremeses en los escenarios teatrales sevillanos de los siglos XVI y XVII: ¿géneros menores para un público popular?», que fija su atención en el público de este tipo de piezas como propuesta de nuevos «rumbos de investigación». Para ello parte de un documentado cúmulo de datos y testimonios concretos que aseguran la fuerte demanda popular de los bailes y entremeses, y, por otra parte, confirman la selección de las clases sociales en el teatro, según un examen de precios de las entradas. Prescindiendo de la idealización de los historiadores de la literatura que han visto una representación «democrática» en el público teatral del Siglo de Oro, Sentaurens señala la diferenciación de dos tipos de público popular, según los días que acuden al teatro, que tendrían gustos diferentes y que, en consecuencia, fomentarían subgéneros diferentes. Llega así a la conclusión de que bailes y entremeses tienen, en efecto, su público específico, más «vulgar» en lo cultural que el normal (como demostraría la facilidad de los recursos para la risa que después censurarían los ilustrados) pero que a ese público peculiar de los géneros chicos, no se le puede aplicar el nombre de «público popular» sino en algunas limitadas circunstancias (pág. 86), por lo que ese popularismo es un mito que debe siempre ponerse en tela de juicio.

Si bien ceñidas al ámbito teatral sevillano, tales observaciones adquieren validez general para el caso de bailes y entremeses, por sus propuestas de remisión constante a los programas de las celebraciones religiosas (cuya progresiva pérdida del carácter devoto explicaría para él la estructura sociológica cambiante del público) y de construcción de inventarios de las obras representadas, sin los cuales se hace inviable el análisis riguroso de las preferencias del público. Con ello consigue Sentaurens romper una lanza en favor de la sociología teatral histórica como disciplina fructífera, del mismo modo que lo reivindicarían dos estudios sobre el sainete, centrados también en las reacciones del público.

En «La descalificación moral del sainete dieciochesco», Emilio Palacios Fernández, contradiciendo la opinión de Cotarelo, no ve en el XVIII «un siglo de decadencia del entremés» y se dedica a trazar sucintamente la historia de las controversias entre ilustrados y cómicos, reseñando sus respectivos manifiestos. Insiste en la idea de que además de la feroz crítica moral que padecieron tonadillas y sainetes, y latente en ella, habría una crítica social de los propios autores teatrales ilustrados que despreciarían estos géneros menores por el ataque que contra los estamentos burgueses y aristocráticos veían en ellos, al considerarlos un peligro de la deformación de los hábitos sociales (pág. 226). Tal temor confirmaría una «popularidad» en el público que suscita nuevamente la discusión de un término que pretendió ya matizar Sentaurens.

Por su parte, Mireille Coulon, con «El sainete de costumbres teatrales en la época de D. Ramón de la Cruz», y a través del examen de las reposiciones de ciertos títulos en veinticuatro temporadas teatrales coincidentes con el reinado de Carlos III y el período de creación de Ramón de la Cruz, observa que este subgénero del sainete carente de argumento pretendía fundamentalmente establecer una relación de familiaridad con el público que permitiera a los cómicos exponer sus propios problemas, incluso económicos. Esta complicidad con el espectador haría del sainete de costumbres teatrales una idónea posibilidad para Ramón de la Cruz y otros cultivadores de contestar a sus detractores, y de crear así un estado de opinión en el auditorio, favorable a sus intereses de autor.

Carácter mucho más novedoso adquieren aquellas consideraciones sociológicas que, sostenidas por una previa caracterización temática y lingüística, llevan a Evangelina Rodríguez y Antonio Tordera a destacar la particularidad del interés de la jácara en el siglo XVII. Como actitud opuesta a la de la mojiganga respecto a la presión social, ambos críticos asocian el tipo de humorismo de la «jácara dramatizada que trata de jaques» a una especial retórica de la libertad. En este sentido, su interés principal sería el de iluminar «la cuestión del grado y posibilidades de la libertad real y verbal del delincuente del siglo XVII» (pág. 129), por lo que se propone finalmente el análisis de la ambigüedad en este subgénero como indicación de «qué tipo de transgresiones la sociedad está dispuesta a permitir» (pág. 136).

Otros dos estudios que responden a la misma preocupación por la dependencia entre un determinado tipo de teatro menor y la sociedad a la que se destina, son el de Serge Salaün sobre «El género chico o los mecanismos de un pacto cultural» y las «Notas sobre teatro obrero a finales del siglo XIX» de Carlos Serrano. Ambos abordan una parcela de la producción teatral finisecular para verificar ciertas incidencias ideológicas en las características constantes de esas representaciones. En el primer caso, se parte de la idea de que para que desde 1870 hasta 1910 se produjera un monopolio del llamado «género chico», hubo de darse un acuerdo entre público y autores y la burguesía reinante, tanto en lo formal como en lo ideológico, que se concretara en ciertos mecanismos con valor de código o de norma. Así, la existencia de personajes-tipos como caricaturas sin hondura psicológica, su distribución maniqueísta, la función del humor verbal y de la música serían convenciones dramáticas enraizadas en un «riguroso conformismo moral e ideológico» (pág. 253). Y si Salaün ve en el «género chico» la representación de los valores de la Restauración («militarismo triunfante» y «nacionalismo patriotero»), Carlos Serrano señala por su parte la repercusión que en el teatro tuvieron los propios aparatos culturales creados por los movimientos obreros organizados bajo la Restauración. Sistemáticamente, este teatro parecía excluir las obras de mera diversión, y una serie de piezas breves con escasos ejes temáticos pretendieron constituirse como teatro de la modernidad, en su mayoría bajo la tónica que el crítico califica de «didactismo de la miseria» (pág. 269). Como cara y cruz de las tendencias teatrales de los géneros menores con las que se abrió nuestro siglo, ambos estudios fueron objeto de un interesante debate cuyas sugerencias pueden calibrarse en la ordenada síntesis recogida en estas Actas.

Un segundo grupo de trabajos estaría constituido, según esta supuesta ordenación de objetivos, por aquellos que combinan la reflexión sociológica con el exhaustivo análisis textual, y que tienen como denominador común el estar dedicados a un autor y obra en concreto donde se destaca una cuestión específica originalmente

abordada. Es éste el caso del estudio comparativo de textos realizado por Carmen Menéndez Onrubia sobre el *Auto y coloquio de los pastores de Belén*, de Felipe Godínez, donde analiza dos tratamientos del tema del nacimiento de Cristo durante el barroco. Cotejando la novela de tipo cortesano *Los pastores de Belén* de Lope, de 1611, con el citado auto del judeoconverso Godínez publicado en 1655, establece una clara oposición entre lo que sería representación de las formas literarias oficiales (la de Lope es considerada «exponente típico de la literatura culta y elitista») y lo que ejemplificaría, por el contrario, las formas literarias marginadas; de manera que, por su heterodoxia y su valoración erasmista, el auto de Felipe Godínez mostraría «la existencia de formas populares y renacentistas, más comprometidas y realistas que la comedia y el drama barrocos» (pág. 174). De la explicación histórico-ideológica de la evolución temática de estas piezas se extraerían conclusiones sobre el círculo de público más o menos restringido de cada uno de los textos.

Estudios igualmente ceñidos a la originalidad creativa de un autor son los de Frederic Serralta sobre «Antonio Solís y el teatro menor en Palacio (1650-1660)», que pretende caracterizar las loas, entremeses y fines de fiesta de Solís siempre como contribución a los festejos reales, y el de Manuel Fernández Nieto sobre «El entremés como capítulo de novela: Castillo Solórzano». Quien, tras el examen de la funcionalidad de los entremeses incluidos en sus novelas picarescas, concluye que la pretensión del citado autor es la de «reforzar el carácter costumbrista de sus narraciones y conseguir la buena reacción del lector» (pág. 198), bajo la tendencia de aglutinación de géneros propia del período. Enrique Rull, con «El entremés *Los degollados* y su posible atribución a Calderón», aborda una cuestión textual que pertenece al problema de las especulaciones sobre la autoría, frecuente en la crítica del teatro menor. Según su consideración de los datos que avalarían esta atribución, entre los que destaca la visión satírica del tema del honor y ciertas fórmulas lingüísticas típicas, concluye asegurando la paternidad de Calderón sobre el citado entremés, lo que suscitó en su momento interesantes objeciones de validez general para el problema de las hipótesis sobre piezas anónimas.

Más trascendentes resultan las reivindicaciones que se desprenden de los comentarios de Jean Canavaggio en torno a «García Lorca ante el entremés cervantino: el telar de *La zapatera prodigiosa*», ponencia —y hoy artículo— cuyo interés, como destacara Javier Huerta Calvo en el debate, consiste en una nueva llamada de atención sobre la valoración que del teatro menor del Siglo de Oro hicieran los dramaturgos del xx. La relación de una farsa contemporánea, de originalidad tan indiscutible como la lorquiana, con el entremés de Cervantes, *El viejo celoso*, permite constatar la novedad de las inspiraciones que sigue suscitando el clásico entremés cervantino para una representación contemporánea. Pero además, el estudio de Canavaggio, al revisar los vínculos en el modo de hacer teatro de ambos autores, e interpretarlos, viene a ser demostración de cómo la crítica y la investigación teatral en general no deben limitarse a una constatación de fuentes sino que deben extraer conclusiones sobre el significado de las concomitancias intertextuales halladas.

Por último, nos encontramos en esta variada compilación con un grupo de trabajos que, tomando la panorámica global del teatro menor en el aspecto metodológico de su investigación, plantean líneas interesantes de acercamiento a esa crítica aún tan poco atendida en las Historias generales de la literatura española, e incluso en las de su teatro. De ello se queja Javier Huerta Calvo en su extensa orientación

sobre el estado actual de los estudios sobre el teatro menor del Siglo de Oro, por lo que son sumamente clarificadores los epígrafes de su artículo-guía para el estudio de los diferentes campos de la materia. Una amplia bibliografía completa la utilidad de su recorrido por los aspectos más relevantes del teatro menor en su período de máximo apogeo.

La necesidad de contar con clasificaciones precisas que permitan ordenar y comparar adecuadamente los textos es problema destacado especialmente por las tres últimas aportaciones recogidas en estas Actas. Junto a las «Propuestas para un estudio informatizado del teatro menor español», de Veronique Huynh-Armanet e Isabelle Santi, que se basan en una distribución de formas a través de datos de la descripción semántico-sintáctica de los textos (ejemplificada con *El juez de los divorcios* de Cervantes) y que fueron rebatidas por la mayoritaria desconfianza de los participantes sobre los presupuestos de la informática y sus técnicas en este tipo de investigación literaria, las observaciones de Luciano García Lorenzo y Marc Vitse ofrecen puntualizaciones de gran interés para la reconsideración del resto de las propuestas, antes reseñadas. Sus respectivos artículos, «¿Teatro menor?, ¿teatro breve?, sobre una obra inédita de Lauro Olmo», y «El laberinto mayor del teatro menor», están estrechamente ligados al propio desenvolvimiento de los debates de estas jornadas sobre teatro menor, de los que es posible extraer conclusiones fundamentales sobre las exigencias actuales de este tipo de estudios críticos.

En efecto, entre los problemas que más insistentemente se ponen de relieve en las diversas exposiciones de esta compilación, tres son los principales puntos polémicos que concentraron en su día el interés de los especialistas y hoy conceden especial atractivo a este conjunto de trabajos por sus repercusiones teóricas:

a) La especificidad de los subgéneros y el problema de la delimitación de fronteras en su tipología.

Dos valiosos trabajos aún no mencionados, el de Miguel Angel Garrido Gallardo sobre el sainete como género literario y el de Robert Jammes sobre la letrilla dialogada, son perfecto ejemplo del tipo de estudios cuyo fin último es la caracterización de los distintos subgéneros que componen la vasta red de piezas limítrofes del teatro menor. Debido a que el criterio de la extensión no resulta demasiado clarificador para tal caracterización, en el caso del sainete, Garrido Gallardo propone atender a «la forma del contenido», a la búsqueda de un principio temático configurador que suplante a las generalizaciones que tradicionalmente han venido definiendo inútilmente este género. Si bien la idea de Javier Huerta Calvo de que, frente a la situación actual en la crítica, «los escritores del XVII tenían generalmente claro el concepto de cada modalidad» (pág. 31) no es tan evidente para otros críticos como Serralta (que niega la existencia de tal conciencia divisoria), parece común la propuesta de estudiar el teatro barroco por géneros y no por autores; lo que permitirá construir una tipología del teatro menor donde la farsa, el auto, el entremés y sus respectivas variantes encuentren criterios concretos de diferenciación o similitud. Las observaciones de Huerta Calvo sobre las analogías funcionales entre el entremés y el episodio en la fábula o la comedia, así como sobre otros vínculos del entremés con diversos «géneros de risa» como el cuento, los diálogos y la novela picaresca, intentarían abrir brecha a la elaboración de una necesaria Poética del entremés, profundizando en la línea magistral de Eugenio Asensio.

Pero si las fronteras entre el entremés y el sainete ofrecen intermitencias y suscitan matizaciones, el caso de la letrilla dialogada, en el que Jammes propone más debate que conclusiones, es aún mejor ejemplo de la complejidad de las tipologías cuando de los llamados géneros menores se trata. Con la denominación de «género mínimo», el citado crítico intenta trazar una evolución del mismo para justificar la idea de que las letrillas dialogadas de Góngora y Quevedo, perfectamente representables, son herederas de una variada tipología de diálogos (sentimentales, diálogos a lo divino y burlesco) lo que sugeriría su caracterización como género fronterizo entre lo puramente poético y lo dramático. Las preguntas sobre la especificidad y las marcas identificadoras de un determinado género alientan asimismo una investigación como la que sobre retórica de la jácara ya se ha comentado.

b) El problema terminológico entre «teatro menor» y «teatro breve».

La discusión en torno a esta disyuntiva, repetidamente aludida en estas comunicaciones, es sintetizada por García Lorenzo, quien enumera y comenta las características atribuidas al calificativo «menor»: menor extensión, carácter cómico, menor calidad, acción única y lineal, etc., para preferir, en conclusión, la denominación de «teatro breve» por aquello de que la calidad no tiene por qué ser proporcional a la cantidad (pág. 285). En parte como justificación de esta razón debe entenderse su inclusión de la pieza inédita de Lauro Olmo, *El espíritu del pedestal*, y el comentario de la misma. Por su parte, Jean Sentaurens desecha igualmente el término «menor» por su carácter despectivo, en favor del calificativo «corto» o «chico» que alude únicamente a la extensión. Sin embargo, y debido a que este criterio no es definitorio en sí mismo, otros críticos como Huerta Calvo seguirían adoptando la designación «teatro menor», a pesar de las connotaciones peyorativas conocidas, por ser demasiado aséptica, a su juicio, la simple indicación de brevedad.

Con todo, el comentario que verdaderamente ilumina esta cuestión es el de Marc Vitse, quien, al abordar el balance de las restantes aportaciones como «laberinto mayor del teatro menor», advierte que «la propuesta de sustituir la inhábil expresión de teatro menor por la de teatro breve o corto no hace sino desplazar el problema sin permitir la delimitación operatoria de cualquier género *fundamental* o *típico*» (pág. 327). El mismo ofrece una nueva e inteligente propuesta cuya eficacia teórica se vislumbra en su propia justificación: se trataría de relativizar históricamente la significación de la identidad menor=breve, con lo que deberían distinguirse claramente los períodos en los que las obras cortas han sido dependientes o independientes respecto a la Comedia. Tal relativización respecto al contexto histórico parece igualmente pertinente para la mencionada cuestión de la especificidad de los géneros menores.

c) El problema de las relaciones entre este tipo de teatro y la realidad social en la que surge.

Como consecuencia de los estudios sobre el público de estas representaciones, cuya «popularidad» se ha tratado de valorar tanto en el caso del sainete como en el de ciertos subgéneros del Siglo de Oro, es éste el aspecto más amplia y variadamente debatido por los hispanistas participantes en el Coloquio, y que sugiere reconsideraciones importantes al lector de estas Actas. Una de ellas es la generalización, ya convertida en tópico, de que el teatro barroco era «un mero mecanismo de evasión». Porque si bien algunos críticos como Frederic Serralta confirman con sus investigaciones que los géneros menores sirven para evacuar los problemas de la vida cotidiana y nunca para intensificarlos, no deja de ser especialmente necesaria la dife-

renciación propuesta por Antonio Tordera entre la intención del autor y las «lecturas» que los espectadores pueden hacer de la obra. Junto a ésta se impondría además la distinción entre ciertos subgéneros, lo que explicaría, por ejemplo, que el entremés cortesano (más cómico y despreocupado) estuviera más alejado de la realidad que otro tipo de entremés de costumbres, necesariamente más ligado a la realidad y, por tanto, más crítico, según entiende Emilio Palacios (pág. 171). Manuel Fernández Nieto advierte así que «son diversos los grados de presentación de la realidad» que pueden darse en las diferentes variantes o subclasificaciones de un género menor (pág. 201).

Como demostración que niega ese carácter exclusivo de diversión atribuido como rasgo específico del teatro menor, servirían las conclusiones de Mireille Coulon sobre el sainete de costumbres teatrales de la segunda mitad del XVIII, quien lo define como «medio de información y comunicación» de problemas de los autores teatrales (pág. 247), y las de Serge Salaiún o Carlos Serrano que atribuyen una trascendencia ideológica a diferentes tipos de piezas breves de fines de siglo.

En suma, toda esta controversia conceptual y terminológica a la que contribuyen los resultados de investigaciones tan vinculadas entre sí como las que aquí se han pretendido sintetizar, convierten estas Actas sobre teatro menor en importante guía para el conocimiento de un terreno literario que aún precisa de otros muchos trabajos semejantes.

LINA RODRÍGUEZ CACHO